

DIOS FAMILIA, DIOS COMPAÑERO

SANTÍSIMA TRINIDAD – CICLO A

Dios Trinidad es un concepto que a veces resulta difícil de entender. ¿Un Dios y tres personas? ¿Tres en uno? Para muchos es un politeísmo solapado; para otros Dios es solo el Padre y Jesús fue simplemente un gran profeta, un hombre bueno, lleno de Dios. ¿Y el Espíritu Santo? Queda diluido entre las dos personas, como una especie de energía entre Padre e Hijo. ¿Cómo entender este misterio, que pronunciamos cada vez que nos santiguamos y cada vez que iniciamos la misa? Las tres lecturas de hoy nos dan pistas esclarecedoras. Dios es uno, pero no es un solitario, sino una familia, una triple relación de amor que se despliega y es capaz de engendrar todo un universo, poblado de seres vivos y de personas semejantes a él. El amor es fecundo e implica relación y comunicación.

Leyendo el Éxodo, vemos cómo Israel es consciente de que Dios está con ellos. Dios es compañero, guía y protector en el camino. Aunque sean un pueblo de dura cerviz, Dios no les abandona. La oración de Moisés es esta: Señor, ven con nosotros, perdónanos, tómanos como tuyos. Cuidanos. Te pertenecemos. He aquí la primera persona de la Santísima Trinidad: un padre amoroso rico en clemencia, un Dios solidario.

Pero ¿cómo mostrar amor si no hay a quien amar? No hay amante sin amado. Si Dios es amor, debe desplegar esta energía amorosa de alguna manera. Así es como Dios también incluye la persona del Hijo, que se encarna y se hace hombre. El amor del Padre se vuelca en el Hijo, y el Hijo le corresponde. Este amor al Hijo se traslada a toda criatura y, muy en especial, a los seres humanos. Como afirma san Juan en su evangelio, Dios envía a su Hijo al mundo no para juzgarlo ni condenarlo, sino para salvarlo. En otras palabras: Dios no nos ha creado para luego castigarnos, sino para que vivamos con gozo, una vida plena que valga la pena ser vivida. Y envía a Jesús para ayudarnos y mostrarnos esta vida. Jesús nos enseña a corresponder al amor de Dios, uniéndonos a él e imitando su generosidad.

Finalmente, en toda relación de amor hay tres pilares: el amante, el amado y el amor que fluye entre ellos y que engendra vida. Es el Espíritu Santo, el aliento sagrado de Dios que aletea entre Padre e Hijo y que infunde vida a toda la creación. Este Espíritu es el que nos une y permite que haya amor entre nosotros. Por eso Pablo, cuando bendice a su comunidad de Corinto, alude a las tres personas de la Trinidad, en una oración muy hermosa: *la gracia de Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén siempre con vosotros*. Es decir, que nunca nos falten la salud y la alegría que trae Jesús, el amor incondicional y desbordante del Padre y la fuerza que nos une como hermanos, el fuego del Espíritu Santo. Vivimos arropados y alentados por este amor de nuestro Dios trinitario. Tenemos muchos motivos para estar contentos y hoy, en la fiesta de la Trinidad, es un momento especial para celebrar que somos inmensamente amados.